

# De la matrística al patriarcado

Guillermo Piquero. Versión extendida en [www.europaindigena.com](http://www.europaindigena.com)

- 1) Culturas preindoeuropeas, indoeuropeas y semitas.
  - 2) Los estudios genéticos corroboran la “Hipótesis de los Kurganes”.
  - 3) Una hipótesis sobre el origen de los sistemas de dominación.
  - 4) Desmontando dos mitos patriarcales: el infierno y el dragón.
- 

## 1) Culturas preindoeuropeas, indoeuropeas y semitas.

El choque histórico entre los complejos culturales preindoeuropeo e indoeuropeo, supuso un vuelco de extraordinarias consecuencias en la historia de nuestro continente. Conocerlo en profundidad es también indagar en las raíces primigenias de lo que hoy denominamos Civilización Occidental y nos ayuda a entender nuestro presente como una consecuencia evolutiva de aquellos procesos históricos que se pusieron en marcha para aniquilar las condiciones originales de vida de las culturas indígenas europeas. Sin duda, hoy podemos afirmar con seguridad y rigor que la guerra, la devastación y la conquista que se muestran en nuestros libros de historia como intrínsecos a la naturaleza humana, aparecen en realidad en un determinado momento histórico: cuando comienza la expansión de las llamadas culturas indoeuropeas hace alrededor de unos 6.000 años.

El término indoeuropeo comenzó a utilizarse a mediados del SXIX en los estudios lingüísticos para definir a una serie de lenguas, pertenecientes a una misma familia idiomática, cuya influencia geográfica se extendía aproximadamente y como nos indica el propio término, desde el Valle del Indo hasta Europa Occidental. Posteriormente se descubriría que los pueblos que hablaban dichas lenguas, así como la cultura de sustrato común que compartían, no eran originarios de dicho espacio geográfico, sino que se impusieron sobre las poblaciones autóctonas de dicho territorio. A estas culturas indígenas anteriores a la llegada de los indoeuropeos, las denominamos bajo el genérico nombre de preindoeuropeas.

Según la hipótesis de la arqueóloga [Marija Gimbutas](#), las culturas preindoeuropeas suponen la última fase de un gran periodo cultural ininterrumpido de más de 30.000 años (del Paleolítico Superior al Neolítico) en el que se desarrolló la [cosmovisión indígena europea](#).

Hoy sabemos que Gimbutas se quedó corta en sus estimaciones, pues los más recientes hallazgos arqueológicos están remontando el origen de dicha cosmovisión primigenia hasta el Paleolítico Medio con la cultura Neanderthal, cuyo universo simbólico (pinturas rupestres, enterramientos rituales, herramientas, forma de vida,...) se fusionó posteriormente con la llamada cultura del Homo sapiens durante el Paleolítico Superior, la cual a su vez evolucionó y siguió desarrollándose en el seno de las culturas agrícolas preindoeuropeas del Neolítico y, en algunos casos, hasta la Edad del Bronce.

Las evidencias arqueológicas desenterradas en los yacimientos preindoeuropeos nos muestran como miles de años antes de que surgieran las vanagloriadas civilizaciones griega y romana, ya existían en Europa culturas con un alto nivel de desarrollo técnico (navegación a vela, uso extendido del telar, sistemas de irrigación, escritura pictórica, abundante producción artística,...) pero que no necesitaban ni de ejércitos, ni de esclavos para sostener su modo de vida.

Aquellos primeros asentamientos agrícolas [preindoeuropeos](#), algunos de hasta 20.000 habitantes, estaban ubicados en el centro de grandes y fértiles valles abiertos donde practicaban la agricultura. Eran por tanto poblamientos ubicados en lugares estratégicamente vulnerables, pero sin embargo carecían de muros defensivos y en los estratos arqueológicos no aparecen restos de guerras durante periodos de más de dos mil años ininterrumpidos. Todo esto nos permite presuponer el carácter pacífico de los primeros europeos.

En el arte colorido y naturalista de dichas culturas tampoco aparece ni un solo motivo militar y aunque conocían la metalurgia no la aplicaban para fabricar armas. Su organización social era matrifocal (*un clan matrístico de principios colectivistas* según la definió M.Gimbutas), sin ser esto indicativo de ningún tipo de dominio del género femenino sobre el masculino. Los restos arqueológicos muestran una sociedad que sin querer caer en la utopía, al menos podemos afirmar que, en una gran medida, tendía hacia la equidad social y de género.

El ocaso de este viejo mundo comenzó en Europa cuando aparecieron en escena los primeros pueblos militarizados [indoeuropeos](#), quienes a lo largo de una transición de varios milenios consiguieron imponer una nueva forma de concebir el mundo cuya estructura fundamental (jerarquización social, patriarcado, militarización, etc.) se prolonga hasta nuestros días. Estas culturas, eminentemente ganaderas y origen de la mayor parte de lenguas que se hablan hoy en el continente europeo, eran sociedades fuertemente

jerarquizadas que se expandieron a sangre y fuego por Europa, Oriente Próximo y el Valle del Indo. Su organización social era patriarcal, gobernada por jefes guerreros que adoraban a Dioses celestes masculinos que empuñaban el hacha, la maza o la espada como símbolos divinos con los que imponer sus designios.

A la expansión indoeuropea se le unió en Oriente Próximo la de otro pueblo ganadero y patriarcal, los [semitas](#), que crearon nuevas mitologías y religiones que otorgaban al hombre el papel de dueño y señor de la naturaleza. Así por ejemplo, en el primer capítulo del Génesis, Dios se dirige a Moisés y le dice: *Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que reptá sobre la tierra.* Esta cosmovisión antropocéntrica y depredadora cristalizó en nuestro continente a través de la imposición del cristianismo romano y daría el salto hacia otras partes del planeta a través de los procesos coloniales que mostraron una crueldad inmisericorde sobre las poblaciones indígenas que aún conservaban la cosmovisión originaria humana.

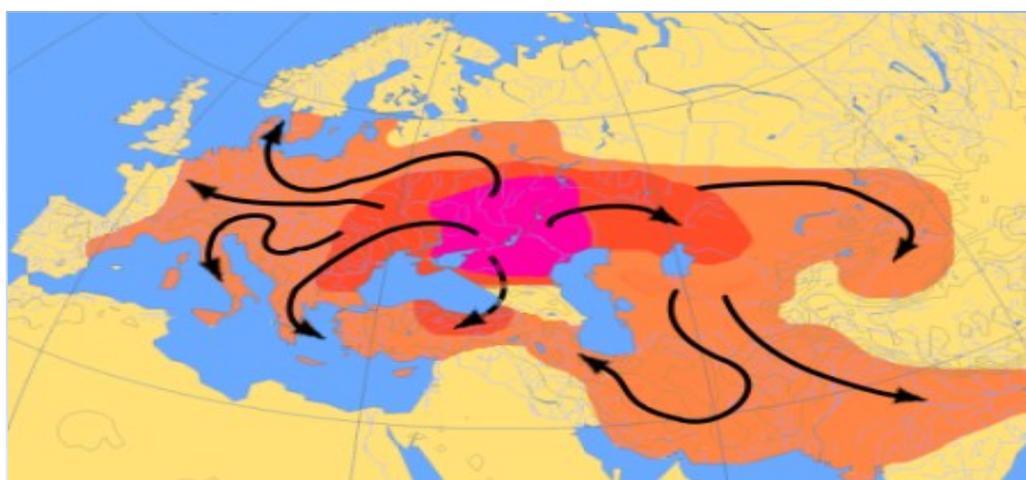
Por tanto, y aunque habitualmente nos solemos referir a la llamada Civilización Occidental como un proceso cultural de origen judeo-cristiano, resultaría más preciso que nos refiriéramos a ella como de origen indo-semita (y con esto hago referencia a una serie de características culturales, no a ninguna raza).

Sobre la similitud cultural entre indoeuropeos y semitas, el arqueólogo estadounidense **James Mallory** apunta:

“Entre la expansión de los pueblos indoeuropeos y la expansión de los pueblos semíticos hay notables analogías. Ambos grupos de pueblos fueron en su origen grupos nómadas y pastoriles cuyo hábitat se hallaba en las lindes de los primeros focos de civilización; ambos emigraron recorriendo miles de kilómetros y conquistaron los grandes centros de las civilizaciones agrícolas y urbanizadas (en Mesopotamia, las primeras oleadas semíticas sustituyeron a los sumerios); ambas irrumpieron en los escenarios del Asia menor y del Oriente Medio aproximadamente en el mismo período, durante el tercer milenio a. C. (los hititas indoeuropeos y los asirios semitas al parecer se encontraron en Kanesh, en la Anatolia central, 1.900 años antes de Cristo).

Pero, sobre todo, tanto los pueblos indoeuropeos como los pueblos semíticos tenían estructuras sociales rígidamente androcáticas. En sus ritos eran frecuentes las invocaciones a los dioses de la tribu, de la guerra y de la conquista. Muy similares

fueron los conflictos sociales y espirituales que generó su encuentro/choque con las poblaciones (agrícolas y gilánicas) que vivían en Europa y el Oriente Medio en la época de sus invasiones. Al igual que en la Vieja Europa (Old Europe), también Mesopotamia conserva la memoria de un tiempo de paz y abundancia, bruscamente interrumpido; también los sumerios veneraban a una Diosa Creadora similar a la de sus vecinos, los elamitas. [...] Los indoeuropeos no son parientes próximos de los semitas, como demuestra la lejanía de sus hábitats originarios. Sin embargo, las oposiciones «androcrático» versus «gilánico», «ganadero» versus «agricultor», «nómada» versus «urbano» definen una polarización fundamental entre indoeuropeos y semitas por un lado, y las poblaciones de la Europa neolítica, del Oriente Medio pre-semítico y de la India pre-aria por el otro.”



**Imagen Superior:** Mapa de las migraciones indoeuropeas desde el 4.000 a. C. al 1.000 a. C. de acuerdo con el modelo Kurgan. El área púrpura corresponde al supuesto Urheimat (cultura de Samara, cultura de Sredny Stog). El área roja corresponde a la región donde se habrían asentado los pueblos indoeuropeos hasta cerca el 2500 a. C.

**Imagen inferior:** Mapa que muestra el origen geográfico de los pueblos semíticos y las rutas que siguieron sus migraciones.

## 2) Los estudios genéticos corroboran la “Hipótesis de los Kurganes” de Marija Gimbutas.

La [hipótesis de los kurganes](#), como teoría que explica la expansión en nuestro continente no solo de las lenguas indoeuropeas, sino también de una cosmovisión militar y patriarcal hasta entonces inexistente en Europa, ha sido durante las últimas décadas objeto de grandes controversias. Sus detractores esgrimían que afirmar, como lo hacía Gimbutas, que existió una Gran Civilización indígena pre-indoeuropea que no conocía las guerras, de sesgo matriarcal y que tenía una Gran deidad femenina como pilar central de su cosmovisión era idealizar en exceso nuestro pasado.

A pesar de las abrumadoras pruebas arqueológicas que presentó la arqueóloga, faltaba algún tipo de “prueba irrefutable” para poder confirmar una hipótesis que, en esencia, suponía el derribar de facto los viejos paradigmas culturales que afirmaban que la guerra y las conquistas son intrínsecas al devenir de la historia y a la naturaleza humana. Pues bien, finalmente esa “prueba” ha llegado.

La irrupción de recientes estudios genéticos en dicho debate, que permiten a los investigadores determinar cuáles fueron las rutas migratorias de nuestros ancestros, así como descubrir los linajes paternos y maternos en los restos óseos de individuos de aquella época, están confirmando (para sorpresa y perplejidad de muchos) la mayor parte de los planteamientos de Gimbutas.

No obstante, dichos estudios también confirman que en nuestro continente hubo otro gran movimiento de población anterior a las invasiones indoeuropeas, aproximadamente hace unos 8.000 años desde Anatolia y Oriente Próximo. Sus protagonistas fueron los primeros agricultores neolíticos del llamado *Creciente Fértil*, que expandieron este nuevo conocimiento por nuestro continente y se mezclaron paulatinamente con las culturas cazadoras-recolectoras sin aparente conflicto. Esta falta de conflictividad pudo ser debida a que, como ya hemos expuesto anteriormente, los pueblos preindoeuropeos de Oriente Próximo y los de Europa compartían una misma cosmovisión y presumiblemente, una misma familia idiomática. Una de las posibles rutas de emigración que siguieron estos pueblos agricultores pudo ser la marítima que une Grecia, Italia, Francia y la Península Ibérica (pues ya hace 8.000 años aparecen barcos de vela dibujados en ánforas de las Islas del Egeo).

El segundo gran desplazamiento poblacional, que comenzó hace unos 5.000 años, ya sería el de los Kurgos (indoeuropeos). Más que migración, podemos catalogarla como

invasión, pues los estratos arqueológicos dan muestras evidentes de guerras y saqueos. En vez de agricultores, estaba protagonizada por pueblos eminentemente ganaderos, cuya irrupción esta vez sí que produjo un vuelco cultural de extraordinarias proporciones. Así, en el año 2015, se presentaron las conclusiones de un macroestudio genómico internacional coordinado por el prestigioso genetista **David Reich** de la Universidad de Harvard y presentado en la revista *Nature*. Las conclusiones de dicho estudio las contaba el periodista Javier San Pedro en un [artículo](#) para el diario El País:

“Los genomas de 69 europeos de 8.000 a 3.000 años atrás, confirman la “hipótesis de la estepa” (o “de los kurganes”), avanzada en los años 50 del siglo pasado por la arqueóloga lituano-estadounidense Marija Gimbutas (1921-1994), que reunió evidencias de que la patria de los proto-indoeuropeos era la llamada estepa pónica, formada por las inmensas praderas al norte de los mares Negro y Caspio. Hace 4.500 años, los ganaderos Yamnaya que vivían allí, se extendieron por Europa gracias a sus flamantes carros de ruedas.”

En este macroestudio ha participado también el arqueólogo de la Universidad Autónoma de Barcelona **Roberto Risch**, cuyas valoraciones eran recogidas en un [artículo](#) del periódico La Vanguardia:

“Estos pastores venidos de la estepa ya no ponen el énfasis en la colectividad sino en el individuo; no son igualitarios, sino que un pequeño grupo de hombres acapara riqueza; aparecen diferencias muy marcadas entre hombres y mujeres; y desarrollan una cultura política de poder basado en la violencia. Forman comunidades pequeñas y móviles, que se desplazan gracias a la invención de la rueda y del carro, y fabrican armas con bronce, no para cazar, sino para ejercer la violencia.”

Estos estudios genéticos nos ofrecen reveladores datos en un aspecto que solemos pasar por alto en relación a la irrupción de las culturas patriarcales. Las invasiones no solo supusieron la subyugación de las mujeres de las culturas matrísticas, sino también el exterminio generalizado de la población masculina indígena.

En este sentido, en un [artículo](#) publicado en marzo del 2018 en la revista científica *Nautilus*, el genetista **David Reich** nos cuenta como allá donde llegaban los invasores indoeuropeos, el cromosoma Y (linaje paterno) de las estepas comenzaba a predominar entre la población, lo cual nos indica que los invasores indoeuropeos suplantaban a la población masculina y procreaban con las mujeres locales (es de suponer que por la fuerza):

“La reconstrucción de Gimbutas ha sido criticada como fantástica por sus detractores, (...) Sin embargo, datos de ADN antiguo han mostrado que la cultura yamna era una sociedad en la que el poder estaba concentrado en manos de una elite masculina formada por un pequeño número de linajes. Los cromosomas Y (linaje paterno) que llevaban los yamna eran casi todos de unos pocos tipos, lo que muestra que un número limitado de hombres debieron ser extraordinariamente exitosos en expandir sus genes. Por el contrario, en su ADN mitocondrial (linaje materno), los yamna mostraban secuencias diversas. Los descendientes de los yamna o sus parientes cercanos expandieron sus cromosomas Y en Europa y la India, y el impacto demográfico de esa expansión fue profundo, dado que los tipos de cromosoma Y que llevaron estaban ausentes en Europa y la India antes de la Edad del Bronce, pero predominan hoy en ambos lugares. Está claro que la expansión yamna no pudo ser pacífica.”

En otro [estudio](#) del año 2017 en el que ha participado el profesor de genética de la Universidad de Uppsala (Suecia), **Mattias Jakobsson**, se nos ofrece otro trascendental dato: las invasiones indoeuropeas estuvieron formadas en más de un 90 % por hombres. Es decir (y vuelvo a repetir), una invasión guerrera que exterminaba a la población masculina autóctona, a la par que esclavizaba a sus mujeres con fines reproductivos

“Los análisis genéticos permiten afirmar que aproximadamente el mismo número de hombres y mujeres participaron en la migración de los agricultores de Anatolia en Europa. Sin embargo, para las migraciones posteriores desde la estepa pónica durante la Edad del Bronce temprana, encontramos un sesgo masculino muy fuerte. Se ha observado que hay muy pocos cromosomas X de los migrantes yamna, lo que indica que había quizá una decena de hombres migratorios por cada mujer migratoria.”

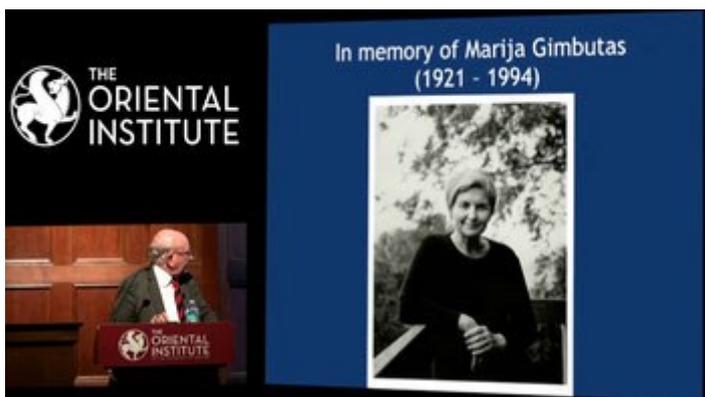
Y el mismo patrón se repite en la geografía ibérica. Así, en Octubre del 2018 **David Reich** presentó en una [conferencia](#) en Londres, organizada por la revista New Scientist, las conclusiones de un estudio genético sobre las poblaciones ibéricas de hace 4.500 años, momento en el que hace irrupción en la Península la cultura *yamna*. Según Reich, allá donde su equipo ha tomado muestras, se ha encontrado con una suplantación generalizada de los individuos nativos masculinos por parte de los guerreros *yamna*. Así explicaba lo que para él sugerían los datos genéticos recopilados:

“La colisión de estas dos poblaciones en la Península Ibérica no fue amistosa, ni siquiera igual, sino que los varones de fuera desplazaron a los locales y lo hicieron casi por completo, mientras que las mujeres habrían sido esclavizadas.”

En este sentido, el arqueólogo de la Universidad Autónoma de Barcelona **Roberto Risch** comenta sobre los datos genéticos extraídos en restos de individuos del yacimiento de Labastida, en Murcia:

“Para nuestra inmensa sorpresa, nos hemos dado cuenta de que la Península Ibérica no solo fue colonizada por la primera migración neolítica de hace 8.000 o 9.000 años, sino también por otra muy posterior, de hace 4.500 años (2.500 AC), y portadora de una cultura muy diferente. Una cultura con carros de cuatro ruedas y hachas de guerra manufacturadas en bronce. (...) Las tumbas de los hombres guerreros, acaparan desde entonces casi todo el armamento, los adornos y las muestras de riqueza, y la arqueología revela marcados signos de una sociedad jerárquica que rompió con el antiguo igualitarismo del neolítico temprano.”

El impacto de todos estos recientes estudios genéticos ha sido tal que, el gran arqueólogo de la Europa neolítica **Colin Renfrew**, conocido por su hipótesis (enfrentada a la de Gimbutas durante décadas) de que las lenguas indoeuropeas se expandieron desde Anatolia hace 8.000 años a través de la primera migración de agricultores de la que hemos hablado anteriormente, ha admitido públicamente que Marija Gimbutas estaba en lo cierto y él no. Colin Renfrew, quién en su juventud compartió trabajos e investigaciones con Gimbutas, comenzó posteriormente a criticarla severamente cuando ella sacó a la luz la “Hipótesis de los Kurganes”. Su enfrentamiento fue un clásico de los círculos académicos sobre la materia. En una actitud que le honra, en noviembre de 2017 dio una [conferencia](#) en el *Oriental Institute* de la Universidad de Chicago en homenaje a Marija Gimbutas titulada "Marija Redviva: DNA and indoeuropean origins". Renfrew finalizó su ponencia diciendo: *Creo que la Hipótesis de los kurganes de Marija ha sido magníficamente vindicada.*



---

*Noviembre del 2017.  
Histórico y emocionante momento en el que Lord Colin Renfrew, realiza una conferencia en homenaje a Marija Gimbutas tras décadas de criticar duramente sus teorías*

---

### 3) Una hipótesis sobre el origen de los sistemas de dominación

Como hemos visto hasta ahora, por alguna circunstancia o posiblemente por un cúmulo de ellas, un pequeño grupo de culturas del neolítico (indoeuropeas y semitas) comenzaron a forjar un tipo de sociedades que eran la antítesis de todas las que les circundaban en un inmenso radio de miles de kilómetros. Este reducido grupo de culturas que trajeron consigo el patriarcado, la estratificación social y sobre todo el fenómeno cultural de la guerra, consiguieron durante una transición de muchos siglos, imponerse paulatinamente en todos los territorios en los que se expandieron. Pero, ¿Por qué se originó entre aquellas poblaciones humanas una cosmovisión tan radicalmente distinta a la naturaleza humana arcaica?

Para intentar dar respuesta a esta trascendental pregunta tomaremos como hipótesis la que ya ha sido sugerida por numerosos investigadores (Ernest Bornemann, Casilda Rodríguez, Humberto Maturana, Juan Merelo-Barberá,...) en las últimas décadas, quienes coinciden en afirmar que el inicio de la domesticación de los animales supuso un primer “banco de pruebas” para iniciar posteriormente los sistemas de dominación entre humanos.

En este sentido, hay que recordar que un elemento común que tienen las culturas indoeuropeas y semitas en contraposición a las culturas sedentarias y eminentemente agrícolas preindoeuropeas, es un nuevo modo de vida ganadero y nómada. Es decir, crían grandes rebaños y se cambian frecuentemente de lugar en función del crecimiento de los pastos. Los indoeuropeos lo hacen al lomo del recién domesticado caballo y los semitas, de igual manera, pero a lomos de sus camellos. Esta ganadería nómada supuso un trascendental cambio evolutivo con respecto a las “técnicas de acecho” del cazador paleolítico, ya que mientras éste último seguía o esperaba las grandes migraciones de herbívoros para su caza, el pastor nómada ya no sigue a la manada, sino que la dirige, se adueña de ella. Aparece de este modo por primera vez en la historia humana el concepto de apropiación (de la naturaleza): "*esta vida (animal) es ahora mía.*"

Así, si hacemos un esfuerzo de empatía e intentamos percibir el mundo desde la perspectiva animista de las cosmovisiones arcaicas, doblegar la “fuerza” o el “espíritu” de un animal para crear manadas de animales domesticados, suponía quebrantar, romper de facto el vínculo ancestral y sagrado entre animales y humanos que había pervivido generación tras generación desde el principio de los tiempos a través de la espiritualidad naturalista paleolítica. Así lo piensa una cultura indígena actual, los **iroqueses**

norteamericanos, quienes en un [mensaje](#) dirigido a la Cultura Occidental presentado ante la sede de la ONU en Ginebra en 1977 afirmaban:

“El juntar y criar animales señaló una alteración básica de la relación de los humanos con otras formas de vida. Puso en movimiento una de las verdaderas revoluciones de la historia humana. Antes de los rebaños, los humanos dependían de la Naturaleza para los poderes reproductivos del mundo animal. Con el advenimiento de los rebaños, los humanos asumieron las funciones que a través de los tiempos habían sido las funciones de los espíritus de los animales. Tiempo después de que eso sucedió, la historia registra la aparición inicial de la organización social conocida como Patriarcado.”

Es de suponer, que nuestros antepasados paleolíticos (y aquí vuelvo a pedirte un esfuerzo de empatía), al igual que el resto de culturas indígenas del planeta, considerasen a sus hermanos animales como maestros superiores cuya sabiduría y capacidad de supervivencia era reverenciada por ser fuente de aprendizaje para la propia sabiduría y supervivencia humana. Este conocimiento sagrado era transmitido desde el Mundo Espiritual por los propios antepasados-animales del clan (totemismo), los cuales eran reverenciados como espíritus tutelares colectivos, pero también de forma individual, pues cada persona nacía vinculada al espíritu de un animal determinado con el que establecía una alianza sagrada propia (coesencia, animal de poder, etc.). Con el advenimiento de la ganadería toda esta ancestral cosmovisión comenzó a resquebrajarse. Así lo veía **F. Rodríguez de la Fuente**:

“Esta corriente cultural empezaría por arrastrar al animal prehistórico de sus costumbres ancestrales, transformándolo de salvaje e inaccesible, en dócil y doméstico (y acabando por imponer) el látigo y la cadena. La cadena y el látigo sometieron al ser humano al mismo nivel que el ganado que trabajaba la tierra. [...] Y en plena orgía de domesticación el hombre domesticó al propio hombre. Un profundo abismo separó lo salvaje de lo doméstico: lo libre de lo que tenía dueño. El hombre rompió el cordón umbilical que le unía a la Madre Naturaleza.”

La ganadería es por otra parte un sistema de dominación, de por sí, netamente patriarcal, pues implica una explotación de las hembras con fines reproductivos y para la extracción de su leche. Parece claro que dichas técnicas de dominación eran muy similares a las que indoeuropeos y semitas aplicaron sobre las mujeres de los pueblos que conquistaban, pues ya hemos visto en el capítulo anterior como los estudios genéticos muestran que dichas

invasiones estaban compuestas en su inmensa mayoría por hombres foráneos que esclavizaban a las mujeres preindoeuropeas con fines reproductivos.

“El patriarcado no hubiera surgido si la especie humana no hubiera hecho el ensayo previo de someter a otras criaturas del universo. Pues el mismo método empleado para la domesticación de los animales sirvió para domesticar a la mujer, aprovechando el momento propicio de su necesidad de mayor solidaridad: el embarazo y el parto.” **Juan Merelo-Barberá**

Y ya vimos también anteriormente, cuando mostrábamos los estudios genéticos sobre las invasiones indoeuropeas, como aquellas guerras no tenían solo como objetivo el subyugar a la población indígena femenina sino también a la masculina, pues a partir de las fechas de dichas invasiones, desaparecen casi por completo los linajes paternos indígenas. En la ganadería ocurre algo parecido. Solamente unos pocos machos sobreviven como ejemplares reproductores, el resto son castrados o sacrificados. Este hecho tiene una importante carga simbólica y espiritual desde el punto de vista de las cosmovisiones primitivas (que ya hemos visto anteriormente en el párrafo de la cultura iroquesa): el pastor se “adueña” del principio de fertilidad masculino de la naturaleza y lo “administra” según sus intereses. Así nos los explica **Casilda Rodríguez**:

“Los padres de nuestra civilización descubrieron lo que hay que hacer para convertir a un toro en buey y poder utilizar su fuerza sumisa para tirar de la carreta o labrar los campos: castrarlo cuando es muy pequeño; entonces inventaron la ganadería, tener un montón de vacas, de ovejas o de lo que sea, reproduciendo lo que interesa; se trata de dominar a la especie en cuestión para reducir su vitalidad sin matarla del todo, para poder explotar la producción de esas vidas mutiladas. Este arte de la dominación, de la devastación y de la explotación lo aplicaron a la sociedad humana, para conseguir ejércitos para las guerras de conquista, y esclavos para el trabajo forzado.”

Hay que recordar también otro hecho de trascendental importancia en nuestro relato: los indoeuropeos fueron los primeros en conseguir domesticar el caballo, utilizarlo para la guerra y recorrer grandes distancias gracias a él. El caballo, animal totémico por excelencia de los pueblos paleolíticos y quien según la tradición de numerosos pueblos indígenas es el encargado de conducir las almas de los difuntos hacia el más allá (*psicopompo*), fue precisamente subyugado por las culturas patriarcales como una herramienta militar más,

como portador de muerte. Este es el origen del mito del caballero ecuestre como arquetipo de virilidad y masculinidad patriarcal del que tan “benevolentemente” hablan nuestros mitos. Sobre la carga simbólica que implica montar un caballo, **Jakue Pascual** comenta:

"El caballero dirige, controla, domina el caballo. Es el amo que prevalece sobre la cabalgadura. De esta manera, se formula el principio de la separación, de la cosificación como expresión extrema de la alienación, estigmatizando al otro como un objeto al que se le niega su cualidad activa y creativa. En definitiva, la afirmación de lo masculino (Ar) -principio básico de la caballería- sin atender a su recíproco componente femenino (Eme)."

Y tras la conquista y la devastación de los territorios que invadían, los “caballeros” indoeuropeos imponían nuevos sistemas económicos y sociales basados en la estratificación social y de género, apareciendo por primera vez el concepto de acumulación (de riqueza) en unas pocas manos. La ganadería parece haber sido clave en el surgimiento y desarrollo de dichos Imperios andrococráticos, pues sólo hace falta echar un vistazo a la lingüística para comprobarlo:

La pista más clara nos la da la misma palabra “ganado” que viene de “ganancia”. Si nos remontamos un poco más atrás, tenemos el termino indoeuropeo *pecu* (ganado) que derivó en el latín *pecunia* (dinero). El vocablo “dinero”, proviene del latín *denarius*, moneda de plata entre los antiguos romanos que en su origen valía “diez asnos” (*Denis asinum*). Del mismo modo la palabra “capital” proviene del latín *capitalis* y este a su vez del indoeuropeo *Kaput*, que significa “cabeza” (de ganado), es decir, que el capital de una persona era el número de cabezas de ganado que poseía. Y si nos remontamos aún más, hasta el idioma vasco (euskera), la última lengua pre-indoeuropea de Europa Occidental, nos encontramos con que riqueza se dice *aberatza*, compuesta por *abere* (ganado) y *tza* (sufijo de abundancia).



---

**Aes signatum.** Las primeras monedas romanas eran láminas de bronce con imágenes de animales.

---

Y como conclusión de lo expuesto hasta ahora podemos citar las palabras de **Ernest Borneman** quién decía: “Es un hecho innegable que el primer objeto de la propiedad privada no fue el suelo, sino el ganado, que los inventores de la explotación no fueron los agricultores sino los pastores. El ganado es como el dinero, se multiplica.”

#### **4) Desmontando dos mitos patriarcales: el infierno y el dragón.**

A pesar de tantos y tantos siglos de represión cultural y religiosa sobre las tradiciones culturales indígenas, aún disponemos de diversos “retales” arqueológicos, mitológicos, etnológicos o lingüísticos preindoeuropeos con los que intentar recomponer (al menos en parte) la cosmovisión originaria de nuestro continente. No digo nada nuevo bajo el sol al afirmar que la cultura tradicional vasca está repleta de dichos “retales”, pues además de conservar viva su lengua nativa preindoeuropea, logró también preservar hasta bien entrado el SXX, vestigios de la religión naturalista de la Gran Diosa, de unas relaciones de parentesco matrifocales y de una organización social comunal con instituciones colectivas como el *batzarre* o el *anzolan* que se regían por un derecho consuetudinario propio.

De igual modo, en algunos mitos vascos cuyo recuerdo ha conseguido llegar hasta nuestros días a través de cuentos o leyendas, encontramos claves fundamentales que nos pueden ayudar a redescubrir el verdadero significado que se esconde tras algunos mitos patriarcales que, en origen, representaban prácticamente lo contrario de lo que expresan hoy en día. Y para descubrirlo nos serviremos de la mitología vasca como hilo conductor. Comencemos con el primero de ellos.

##### ***El infierno: La matriz incandescente de Ama Lur.***

Ya hemos visto a lo largo de este artículo como las culturas indoeuropeas y semitas subyugaron a las mujeres indígenas europeas, doblegaron a las hembras de determinadas especies animales para criar grandes manadas de herbívoros y como veremos a continuación también actuaron a conciencia para distorsionar y difamar la imagen simbólica por excelencia del principio femenino de la naturaleza, convirtiendo al útero de la Gran Diosa en nada menos que el infierno. Así, todos tenemos una idea aproximada de lo que representa el infierno para el cristianismo romano: un lugar bajo la corteza terrestre al que van, tras la muerte, las almas pecadoras e impías. Pero seguramente te sorprenderá su significado originario redescubriéndolo a través de la mitología vasca.

Joxe Miguel de Barandiaran definió a la mitología vasca como de carácter “ctónico o subterráneo”, haciendo referencia al hecho de que la mayor parte de los númenes y espíritus de la naturaleza que recopiló de la tradición oral, procedían según los consultantes de un particular inframundo o infierno vasco que carecía de las connotaciones negativas que predicaba el cristianismo romano y con el que establecía comunicación el pueblo llano a través de ritos y ceremonias sagradas.

Para nuestros antepasados, entrar en este Reino Subterráneo era entrar en el vientre de Ama Lur, en un mundo espiritual paralelo al nuestro, en el que habitaban los difuntos, pero en el que también se gestaba y regeneraba la vida. Podríamos decir que más que un lugar de muerte, era un lugar de regeneración, como lo demuestra el hecho de que a lo largo de decenas de miles de años de prehistoria, pervivió el rito funerario de enterrar a los difuntos en posición fetal. Del mismo modo, en yacimientos arqueológicos del Neolítico preindoeuropeo, se han encontrado hornos de pan de 7.000 años de antigüedad cuya bóveda imita el vientre de una Gran Diosa gestante. Imaginémosnos pues el útero incandescente de Mari y tendremos una imagen arquetípica perfecta de lo que en realidad representaba el infierno para nuestros antepasados.

Según la tradición oral, esta matriz de fuego estaba conectada con la etxe vasca a través de galerías subterráneas que desembocaban en el fuego del hogar y permitían a las almas de los difuntos visitar por las noches a sus parientes “del otro lado”. Este precioso testimonio es sin duda una reminiscencia de la espiritualidad prehistórica que sobrevivió, sin aparentes fisuras, de la hoguera de la cueva a la cocina de la etxe. Han tenido que pasar más de 150 años de investigaciones sobre el Paleolítico Superior para que se empiece a admitir de manera generalizada que la cueva, además de hogar, era un templo cuyas especiales características (profundidad, oscuridad, silencio,..) facilitaban el acceso al Mundo espiritual a través de estados de consciencia chamánicos (*sorgin, aztí*). Ese es el significado que se esconde tras el mito de la cueva como entrada primordial al útero de la Madre Tierra. Y quizás por eso, en la mitología vasca, Mari hila preferentemente en la entrada de las cavernas. Por qué representan una frontera simbólica entre el Mundo Físico y el Mundo Espiritual, y Mari se vale de su hilo dorado para mantener unidas estas dos realidades paralelas que forman parte de su ser.



---

*El hilo dorado de Mari parece evocarse en las famosas argizaiolas de Amezketa, dónde la vela, a modo de cordón umbilical de la figura antropomorfa (que representa a los ancestros de cada clan), une el mundo de los vivos con el de los muertos a través del fuego de su llama. En la foto, argizaiolas reposando sobre su correspondiente yarleku (tumba familiar).*

---

Esta matriz incandescente de la Diosa, era pues el lugar al que acudían las almas de los difuntos según las cosmovisiones preindoeuropeas. Y así lo pudieron constatar Jorge Alonso y Antonio Arnaiz cuando tras arduos trabajos consiguieron traducir algunos textos funerarios ibéricos, etruscos y cretenses desde el [eusquera](#) antiguo (partiendo de la base de que todos esos idiomas pertenecían a una misma familia idiomática de la que el euskera es la única superviviente).

Dichos textos hablaban de una Diosa llamada *Ama* (madre en euskera), de una puerta (*Ate*) como sinónimo de sepultura, de las llamas (*kar*) y de la oscuridad (*bals*). Es decir, al igual que la Diosa Mari de los vascos (y las diosas neolíticas europeas), la Diosa mediterránea regía el mundo subterráneo (de la “oscuridad” y el “fuego”), morada de los espíritus (útero de la Diosa) y a dónde acuden los fallecidos a través de la “puerta” que representa la sepultura. Así lo relataba **Jorge Alonso**:

“No resultó especialmente difícil identificar en euskera los vocablos BALCE y ATIN que se repetían en las frases. BALCE (ibe) la comparé con BALTZ (vas) =“negrura”. Tampoco la segunda, en su raíz ATE (vas) =“Puerta”, que en este caso se hallaba declinada ATE-AN (vas) =“En la puerta”. Algo más de tiempo llevó descubrir que ATEAN era uno de los nombres que usaban los pueblos hispanos pre-romanos para denominar la “sepultura”. Según se desprende de los ahora numerosos textos descifrados, las gentes ibéricas creían que su espíritu, al depositarse el cadáver en la tumba, viajaba por el mundo subterráneo hacia un lugar más allá del “río de fuego”, donde encontraba cierta morada junto a sus antepasados. De ahí que la sepultura era la “puerta” por donde iniciaba el viaje hacia su destino final.”

Por tanto, para nuestros ancestros, como para el resto de culturas indígenas del planeta, la muerte no era el final del camino sino un tránsito hacia un nuevo renacer. Esta regeneración cíclica de la vida era fácilmente observable en el resto de seres y fuerzas de la naturaleza. La vegetación, las migraciones de los pájaros y de las manadas de herbívoros, las mareas, los caudales de los ríos... todo se regía por esta ley universal que podía resumirse en cuatro fases comunes a los ritmos vitales de todos los seres vivos: *crecimiento, plenitud, marchitamiento y regeneración*.

Esto dio origen a símbolos cuaternarios como el [lauburu](#), que entre otros significados complementarios reflejaban la interrelación existente entre los ritmos circulares de la Tierra

y el Cielo. Así, en el primer cuarto podemos agrupar a: *sol del amanecer - luna creciente - primavera* como arquetipos que expresan el crecimiento de la vida; en el segundo: *sol del mediodía - luna llena - verano* como arquetipos que expresan la plenitud de la vida; en el tercero: *sol del atardecer - luna menguante - otoño* la vida mengua; y el cuarto: *noche - luna nueva - invierno* como arquetipos que expresan la idea de que la vida se duerme para volver a renacer en un próximo ciclo.

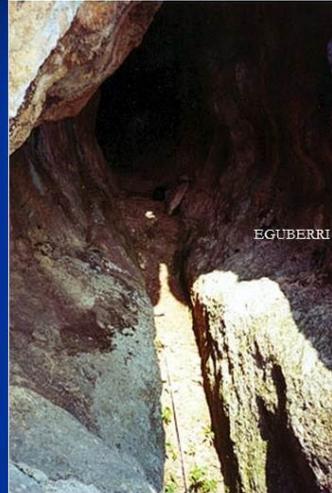
Este eterno ciclo circular de regeneración de la vida comenzaba periódicamente con la celebración del solsticio de invierno, fecha que marcaba el inicio del año en numerosas culturas indígenas por ser el momento en el que el sol, en su movimiento aparente comienza su ciclo de ascenso. Y así parece haber sido también en la cultura tradicional vasca, dónde se ha conservado la felicitación navideña de *Eguberri on*, “Buen nuevo sol”. Así, el *Eguberri* era celebrado por las culturas preindoeuropeas como la unión sagrada entre la Madre-Tierra y el Padre-Cielo. Una [Hierogamia](#) sagrada que se escenificaba ritualmente en algunos templos megalíticos (New Grange, Huerta Montero,...) que evocaban la anatomía sexual femenina (Dolmen de corredor) y en el que al amanecer del solsticio de invierno un haz de luz (falo) penetraba por la puerta de entrada (vagina), avanzaba a lo largo de un pasillo o corredor (cuello del útero) hasta desembocar en una sala o cámara (matriz).

Pero en algunos casos singulares, cuando todos los factores geográficos y astronómicos se alinean y coinciden, no era necesario construir un templo y utilizaban el espacio uterino terrestre por excelencia: la cueva. Así ocurre en la conocida como Cueva-Útero de Nenkovó, en la región de Tracia (Bulgaria), un lugar de culto absolutamente excepcional, dónde la cosmovisión preindoeuropea se manifiesta de manera explícita sin dar pie a dudas, hipótesis o dobles interpretaciones. Quienes la construyeron hace al menos 3.000 años, aprovecharon la forma natural de la entrada de una caverna y la moldearon hasta terminar por esculpir una gran vagina a través de la cual los rayos de sol penetran durante el solsticio de invierno hasta un altar situado en el fondo de la cavidad.

Toda esta cascada de evidencias nos muestran como para nuestros ancestros preindoeuropeos el infierno no era un lugar tenebroso al que hay que temer, sino un lugar de acogida y de regeneración de la vida, que se evocaba a través del símbolo maternal por excelencia: el útero.

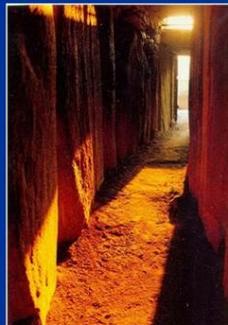
# Cueva útero de Nenkovo

(Bulgaria, hace 3.000 años)



# Templo de New Grange

(Irlanda, hace 5.000 años)



# Sepulcro de Huerta Montero

(España, hace 4.500 años)



### ***El dragón: El amante celeste de Mari.***

Pero aún nos falta ocuparnos con más detalle de la otra parte de este relato mítico que se ritualizaba en los templos megalíticos preindoeuropeos. De la energía vivificadora celeste que impregna y propicia la fecundación de la naturaleza terrestre en la matriz de la Diosa. Dicha energía celeste era representada por nuestros ancestros a través de la imagen simbólica del fuego de las alturas, del haz de luz alargado y luminoso que forman los rayos del sol o los relámpagos en sus sacudidas. De este modo, nuestros ancestros concluyeron en identificar simbólicamente a esa fuerza inconmensurable que descendía desde las alturas... como un culebro de fuego, como un dragón que penetraba en las simas y cavidades uterinas para fecundar a la Madre Tierra.

Así, mucho antes de que la mitología patriarcal del Génesis condenara al amante alado de Eva *a morder el polvo y reptar sobre la tierra*, antes de que el cristianismo romano lo convirtiera en el demonio alado al que San Jorge o San Miguel debían pasar por su lanza o espada, el dragón, el culebro de fuego, era venerado como el consorte de la Gran Diosa. Y así parece haber quedado reflejado en la mitología vasca dónde, según la tradición oral, Sugaar es el culebro celeste amante de Mari (Y del mismo modo en otro mito preindoeuropeo, el de los pelasgos, con el binomio Ofión-Eurínome)

De los retales culturales que consiguió rescatar el etnógrafo J.M. Barandiaran de la tradición oral vasca sobre las creencias relacionadas con esta pareja mítica, destaca la creencia de que la unión sexual entre Mari y Sugaar desata furiosas tormentas. Parece ser por tanto que los vascos, como otros pueblos indígenas, explicaban este fenómeno atmosférico como una unión sagrada entre el Cielo y la Tierra, entre los principios masculino y femenino de la naturaleza. Y así lo expresa el gran historiador de las religiones y mitologías arcaicas Mircea Eliade para quien *la tormenta es el símbolo de la hierogamia Cielo-Tierra*. (Y esto es completamente real desde el punto de vista científico, pues los relámpagos restituyen la carga eléctrica que constantemente cede la tierra a la atmósfera. Sin esta recarga o reequilibrio energético la vida en la Tierra no sería posible. Por tanto, el rayo, el culebro de fuego, efectivamente juega un papel fertilizador sobre nuestro planeta).

Esta identificación del dragón como encarnación animista del relámpago y por extensión de la energía celeste, se corrobora a través de los testimonios recogidos por Barandiaran en las comunidades rurales vascas de principios del SXX. Así uno de los consultados afirmó que *suele atravesar el firmamento en forma de media luna de fuego, justo antes de una tempestad*. Según

otro testimonio su aparición *es en forma de fuego, pero no se le ve la cabeza ni la cola; es como un relámpago.*

Y en el mismo sentido, la etimología de *Sugaar* es sumamente esclarecedora y a la vez polivalente: Por un lado podría ser "serpiente macho" o "culebro", de *suge* (serpiente) + *ar* (macho), haciendo referencia a su simbolismo como encarnación del principio masculino celeste. Pero otros autores también sugieren que su etimología podría significar "llama de fuego", de *su* (fuego) + *gar* (llama). En otras comarcas vascas también se le conoce como *Suarra* que podría traducirse como "gusano de fuego", de *su* (fuego) + *arra* (gusano). Finalmente en otras zonas responde al nombre de *Sugoi*, para lo que algunos autores sugieren la interpretación de "fuego de arriba o del cielo", de *su* (fuego) + *Goi* (arriba, cielo).

Estos relatos en torno a los amantes Mari y Sugaar pueden considerarse como una reliquia de la Europa primigenia, ya que conservan aún el simbolismo original del personaje del dragón como amante de la Gran Diosa y lo relacionan directamente con las celebraciones del Matrimonio sagrado neolítico (Hierogamia). Por eso, en muchas leyendas europeas, incluidas las vascas, el dragón aparece vinculado al interior de una cueva, al útero de la Diosa-Madre, pues es ahí donde su energía vivificadora permite la gestación de la vida. Más tarde, el cristianismo romano tergiversaría esta relación amorosa degradando a la Gran Diosa al papel de princesa y al dragón en un maligno y despiadado raptor. Así, el nuevo representante del principio masculino de la naturaleza paso a ser el héroe caballeresco patriarcal, que hundía su lanza o espada sobre el cuerpo del dragón para salvar a la princesa.

Un poco menos drástica fue la transición mitológica entre los vascos, pues la cosmovisión preindoeuropea pervivió hasta tiempos históricos recientes. Por eso, en vez de demonizar abiertamente a Mari y Sugaar, la nueva estirpe caballeresca se atribuyó ser parte de su linaje. Esto se aprecia claramente en la leyenda recogida por Lope García de Salazar en el SXV, dónde afirmaba que el mítico primer Señor de Bizkaia, Jaun Zuria, *era hijo de una princesa y de un diablo, al que en Vizcaya llaman "culebro"*.

El relato más temprano de la persecución mitológica de esta pareja de amantes aparece en el Antiguo testamento. Así lo explica **Casilda Rodríguez**.

"En el Génesis (que coincide con la fecha en la que algunos historiadores y arqueólogos datan la generalización de la revolución patriarcal, es decir, aproximadamente, en el 2.500 a.c.) la serpiente es el símbolo del mal, del demonio que induce a Eva al pecado y a desobedecer a Yavé, el Señor que representa el bien.

Yavé, [...] condena a Eva (y con ella, a todas las mujeres) por dejarse seducir por la serpiente a parir con dolor y a vivir bajo el dominio del hombre.”

Con estas cariñosas palabras describen en el Génesis a la serpiente:

“La serpiente era la alimaña más insidiosa de entre todos los seres creados por Dios” (Génesis 3, 1)

Algunas evidencias muestran que la serpiente del Génesis era alada, es decir, era un dragón. Sólo así entendemos porqué, tras el pecado original, se la condena a *ir sobre su vientre y comer el polvo*, dejando claro que antes, el suelo, no era su principal hábitat. Además deja clara la estrecha relación que existía entre el dragón y Eva cuando le dice que *pondré enemistad entre ti y la mujer*.

“Porque has hecho esta cosa, tú eres la maldita de entre todos los animales domésticos y de entre todas las bestias salvajes del campo. Sobre tu vientre irás, y polvo es lo que comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia.” (Génesis 3:14-15).

Un pasaje del Apocalipsis deja definitivamente claro el asunto cuando en un pasaje se describe, con clara intención peyorativa, los símbolos de la Hierogamia sagrada preindoeuropea (Dragón-Diosa) y como se “destrona” de los cielos al Culebro.

“Apareció en el cielo una gran señal: una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento. También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata (...) Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. (...) Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo, el cual engaña al mundo entero; y fue arrojado a la tierra (...)” (Apocalipsis, 12)

Salta pues a la vista como los nuevos mitólogos patriarcales pusieron todo su empeño en manipular, distorsionar y difamar los originarios mitos indígenas europeos. Entre ellos el del dragón, como arquetipo sagrado preindoeuropeo de la polaridad masculina de la naturaleza. Cuán importante sería para nuestros ancestros dicho mito para que las culturas patriarcales lo desdibujaran con tanta saña.

Finalmente, tomemos como referencia de nuevo a la cultura vasca y en concreto a su lengua, el euskera, para profundizar aún un poquito más en la comprensión del simbolismo arquetípico que contiene la Hierogamia sagrada entre Mari y Sugaar.

En euskera la palabra relación se dice *barreman*, compuesta en su etimología básica por *ar* (masculino) *eme* (femenino), pero que también podemos interpretar desde la manifestación dinámica de estas dos energías, así tenemos: *Har* (tu) del verbo “coger, tomar” y *eman*, del verbo “dar, ofrecer”. Encontramos pues, en la etimología de esta palabra, una hermosa síntesis lingüística y filosófica de las dos polaridades energéticas de la naturaleza, cuya complementariedad (*barreman*) conforman la unidad primordial de todos los seres y procesos naturales.

Por tanto, y si proyectamos este concepto a las “relaciones” humanas, tenemos que para nuestros ancestros creadores del idioma y de la cosmovisión vasca, la *armonía* entre las personas se basaba en el equilibrio entre el “dar” y el “recibir”, entre *ar* y *eme*, entre lo masculino y lo femenino. Esta es la analogía contenida en las ceremonias del Matrimonio sagrado neolítico (hierogamia) en las que sus ritos se ocupaban tanto de armonizarse con las fuerzas duales de la naturaleza (femenino-terrestre y masculino-celeste) como con las “relaciones” humanas entre el hombre y la mujer.

Y esto es, en definitiva, lo que simboliza y enseña la relación entre Mari y Sugaar: la armonía y complementariedad entre las dos polaridades de la naturaleza, lo que en la tradición alquímica se denomina andrógino sagrado.



---

**Silueta de Mari.** El Monte Anboto visto desde Urkiola. Según la tradición, en él se puede ver a Mari recostada. De izqda a dcha: Melena, ceja, ojo, nariz, boca, barbilla y cuello

---



---

**Silueta de Sugaar:** en las Peñas de Arangio (Junto al Monte Anboto). Según la tradición oral de Otxandio se puede ver al dragón tumbado. De dcha. a izqda: hocico, ojo, pata delantera y cuerpo alargado

---